
Vigencia de Wenceslao Fernández Flórez: *Las siete columnas*

ALICIA LONGUEIRA MORÍS
HÉCTOR PAZ OTERO

Con la novela *Las siete columnas* (1926), Wenceslao Fernández Flórez pone en pie una alegoría a partir de un relato distópico en torno a la naturaleza de los siete pecados capitales, sin dejar de lado su habitual sagacidad colmada de paradoja. El resultado es una narración escurridiza que ocasionó múltiples y dispares interpretaciones, a veces muy alejadas de las pretensiones originales del autor gallego. En el prólogo de *Las novelas del espino en flor* (1940) –publicación en la que aparecen juntas *Las siete columnas*, *El secreto de Barba Azul* (1923) y *Relato inmoral* (1927)–, el propio escritor realiza una serie de apreciaciones sobre los errores más comunes que, en su opinión, se produjeron a la hora de entender e interpretar su novela. Volverá a insistir en ello años más tarde, en sus *Obras completas*, afirmando que los lectores son libres de extraer las más diversas conclusiones, unas acertadas y otras aberrantes.

Su estilo metafórico hace de la novela un documento atemporal que permite a sus lectores identificar referencias y significados que, muchas veces, no se encontraban entre los proyectados por el autor de *El bosque animado* (1943), pero que, sin embargo, salen a flote a partir de las sucesivas lecturas realizadas desde su publicación. Este número 5 de la revista *Volvoreta* pretende desentrañar y proyectar luz sobre las zonas oscuras de una de las obras más aclamadas de Fernández Flórez, distinguida en su día con el Premio Nacional de Literatura, galardón que fue compartido con otras dos novelas: *Altar mayor* (1926) de Concha Espina y *Tigre Juan. El curandero de su obra* (1926) de Ramón Pérez de Ayala.

A partir del retrato caricaturizado de una sociedad materialista, la lente que filtra el escenario de la trama se va curvando hasta llegar a la distopía de un mundo sin pecados capitales. De este modo, se teje una historia que hace acopio de los temas,

las inquietudes, las formas y la mirada que serán constantes a lo largo de su obra literaria. Parte de los estudios que publica este número van encaminados a destapar los vínculos que *Las siete columnas* establece con el resto de su legado literario, así como también los referentes narrativos que parecen gravitar en torno a la historia. Nos gustaría destacar la gentileza de José-Carlos Mainer, uno de los mayores expertos en la obra del escritor coruñés, que recupera y adapta para *Volvoreta* parte de su ya clásico trabajo *Análisis de una insatisfacción: las novelas de W. Fernández Flórez* (1976).

Además, como viene siendo habitual en nuestra revista, y más allá de los textos, este número ofrece una serie de materiales que permiten visualizar la trascendencia de la novela que nos ocupa. Así, el número incluye un interesante repertorio de contenidos gráficos aparejados a *Las siete columnas*. Por una parte, podremos acercarnos a los diseños de aquellas cubiertas realizadas por diferentes dibujantes e ilustradores para las numerosas y variadas ediciones. Por otra, se incluye asimismo el trabajo realizado por el dibujante Federico Ribas para la

edición de 1936, llevada a cabo con el apoyo y la colaboración del Círculo de Bellas Artes de Madrid, en el cual podemos disfrutar de un buen número de ilustraciones para cada uno de los capítulos que conforman la novela.

Como complemento, este número aporta documentación personal de Wenceslao Fernández Flórez. Se trata de una pequeña muestra de su epistolario, en la que encontramos cartas firmadas por viejos amigos de su padre: Puga y Parga *Picadillo*, Juan Ponte Blanco, José María Riguera Montero y una de Avelino Montero Villegas. La lectura de estas misivas aporta una importante información relacionada con los primeros pasos de nuestro autor después del fallecimiento de su padre, en el año 1900. A partir de ese momento, el joven Wenceslao, de tan solo quince años de edad, se ve obligado por las circunstancias a ocupar el lugar del cabeza de familia y a encontrar trabajo. Para ello busca el auxilio de aquellos que habían sido buenos amigos de su padre y que, a la muerte de éste, mantienen una relación cercana con la familia.